

Angel Rama

Dos Políticas Culturales

SON plurales las políticas culturales que una sociedad puede adoptar pero hay dos que se distinguen nitidamente por sus drásticas oposiciones y porque la adopción de una u otra define una concepción del mundo, un pensamiento filosófico y desde luego una decidida toma de posición política.

Según una de ellas, a la que me gusta llamarle circense, pero también burguesa, la cultura en la parte que corresponde a las letras, las artes (la música, etc.) se presenta como un espectáculo y una diversión que agita y seduce por un momento, encandila con sus luces, entretiene y luego se desvanece sin dejar otro rastro que no sea la mera apariencia de nuevos fuegos fatuos. La frase terrible del personaje de Shakespeare podría aplicarse en rigor: un cuento contado por un idiota, lleno de estrépito y de furia, y que nada significa.

Según la otra, a la que simplemente podría llamarse verdadera, pero también socialista la cultura es la objetivación de las aptitudes profundas de una sociedad, es su enorme esfuerzo creativo que implica no sólo los esfuerzos educados sino el vasto autoaprendizaje de los ciudadanos, es una voluntad de comprender e interpretar el mundo situando dentro de él al hombre como el agente de hondas transformaciones

y es por lo tanto un proceso histórico que tiene antecedentes y tendrá consecuentes, que establece normas, que reclama bases duraderas, que promueve la educación de la colectividad, que defiende principios, que percibe a la belleza y al saber como los poderosos instrumentos de la conquista del futuro.

Esta política cultural se construye en el presente, manejando la vasta herencia que una sociedad toda ha ido construyendo a lo largo de su historia, pero se realizará en el porvenir, mientras que la primera simplemente volatiliza el pasado, desperdiga en fuegos de artificio el capital acumulado y sustituye la educación por la mera distracción momentánea, sin efectos ulteriores. Que alguna vez la cultura burguesa haya sido capaz de considerar el futuro y trabajar para él, como lo intenta ahora una cultura socialista, no hace sino corroborar que ella se encuentra en las postrimerías de su ciclo histórico mientras que la otra está fundando un nuevo tiempo del mundo.

La diferencia entre ambas se mide en las operaciones concretas que cumplen cuando son llamadas a tener responsabilidades, en las diversas proposiciones que hacen en cada caso y que resultan demostrativas de que una política cultural socialista aspira a cons-

tituir una vasta y fuerte infraestructura cultural, un repertorio orgánico de valores, que sirvan a la producción de obras incesantemente, a la educación de sus productores y ejecutores, y no meramente al estrépito de un momento, al exhibicionismo o a la diversión.

Si de museos se trata, la política burguesa se limitará a abrir salas de exhibición, meras habitaciones donde se cuelgan cuadros o exponen estatuas que si pertenecen a autores nacionales serán proveídas por ellos, y si pertenecen a extranjeros serán prestadas o alquiladas por galerías o museos del exterior. Es lo fácil, lo epidérmico, lo farandulero, que pone el ojo en la publicidad o en los estremecimientos del cogollito. La política socialista se propondrá la formación de los acervos museológicos, la recuperación y ampliación de sus existencias, la investigación de la plástica, la organización de exposiciones educativas que por sus condiciones de información prevean la incorporación de nuevos sectores del público todavía ajenos al circuito, la difusión de las obras en las capas marginadas promoviendo su formación estética, etc. Pero aún antes, la política socialista comenzará por plantearse las necesidades amplias de la población en materia museística y no sólo las que

responden a un mercado extraordinariamente deformado por la oferta y la demanda económicas y donde por lo tanto pareciera que sólo las artes plásticas son importantes. Considerará entonces que debe haber grandes museos de historia natural donde se tomará contacto con una realidad nacional y universal, grandes organizaciones dedicadas al desarrollo de la ciencia y las técnicas para formar a las nuevas generaciones en las condiciones del mundo moderno, sobre todo amplios frisos que recojan la historia de la nación mostrando que ella no es la obra de algunos admirados héroes sino la tarea de una colectividad entera a lo largo de siglos donde se integran culturas indias, criollas y extranjeras cumpliendo una ingente labor.

Si de literatura se trata, la política burguesa promoverá concursos por doquier, grandes y chicos, destinados a otorgar algunas recompensas, medallas o la efímera gloria del recorte de periódico o promoverá fastuosas glorias internacionales, sin preocuparse demasiado de lo que pase con esas obras que podrán ser publicadas (y archivadas) en ediciones de lujo olvidadas al día siguiente del premio. Una política socialista se propondrá establecer el circuito del autor-lector, considerando que lo central es la comunicación de los creadores con el público, esa mutua fundación que tanto beneficia a las letras, para lo cual deberá implementarse los instrumentos adecuados de la comunicación: editoriales, revistas de distinto tipo y género, bibliotecas circulantes, etc. Esa área infraestructural, más esmerosa y delicada que la primera, facundia y espectacular, aspirará a dotar a la sociedad de mecanismos con los cuales la literatura se instale entre las necesidades culturales de la comunidad, sea incentivada y sea refugada a sus problemas, ansiedades y demandas. No se trata meramente de disponer de imprentas que consuman mucho papel, sino de seleccionar con tino a pluralidad de materiales que contribuyen al desarrollo de la sociedad, cosa que no se hará abarrotando los depósitos editoriales con "plaquettes" de versos de cualquier candidato al Parnaso, sino atendiendo al público real y en que está no sólo el consumidor de novelas, de obras del pasado, de obras experimentales, sino también el estudioso, el investigador, el educador. Del mismo modo, las revistas deberán funcionar como verdaderos centros de promoción y estímulo del trabajo intelectual, a la vez que como medios de comunicación y de intercambio con la comunidad internacional.

Si de espectáculos teatrales se trata, una política socialista estará menos pendiente del estrépito de

visitas internacionales que de la organización de las bases permanentes de un movimiento, lo que implica un eficaz conservatorio que realmente cumpla con la formación de actores y técnicos (iluminadores, escenógrafos, vestuaristas, etc.) la construcción o habilitación de salas dotadas de las condiciones mínimas para el funcionamiento teatral e instaladas no sólo en el centro de las actividades de la clase burguesa sino también en la periferia, la formación de elencos que desarrollen programas coherentes donde los buenos textos del teatro universal y los nuevos textos de la dramaturgia nacional respondan a la problemática de la comunidad, a su educación y a su diversión, estatuyendo la continuidad de una comunicación feliz con el público.

Estas dicotomías, que podrían extenderse a otros muchos campos (la música, el cine, los periódicos, las bibliotecas, etc.) parten de ciertos rasgos comunes que distinguen la orientación socialista: para ésta, la cultura es patrimonio de la colectividad, por lo cual sólo compete a los organismos estatales sostener y facilitar la tarea que ella cumple, atendiendo sus plurales tendencias y canalizándolas hacia los mejores valores. La cultura, no es, en cambio, un regalo que se ofrece a algunos sectores, bajo el discreto encanto del despotismo ilustrado, promoviendo la imitación de un despallardo que ha corroido las mejores tradiciones, de trabajo y empeño. Pero además, lo que una política socialista pretende es alejarse del principio "consumista" que distingue a la política cultural burguesa para acentuar en cambio el principio "productivo", pues piensa que lo importante es promover las capacidades creativas, la participación de los más amplios sectores en la producción cultural. Por eso se preocupa de los instrumentos, básicamente, pensando que mejor que recibir productos ya elaborados para su consumo es dominar los instrumentos con que se los puede producir. Esta es la tarea creativa en que el ser humano conquista su calidad humana más alta y el socialismo no tiene mejor ambición que esa.

En vez de comprar el carro en el exterior o simplemente recibir sus partes y ensamblarlo, es mejor construirlo todo en el país, lo que exige un alto desarrollo de capacidades, a un nivel internacional, y un desarrollo intenso del espíritu productivo. Es esa la forma correcta de vencer el tan manoseado concepto de subdesarrollo, cuando se trata de planes económicos. Del mismo modo ocurre en los planos culturales y sólo cuando se haya implementado una actitud productiva de este tipo, una atención sería por la infraestructura cultural del país, se podrá decir que el espíritu constructor del socialismo ha comenzado a afianzar sus valores, sea quienes fueron los que cumplen la tarea. En todo caso merecerán bien de la nación.